

## La Crisis Centroamericana y las Responsabilidades de la Iglesia

*Pablo Antonio Cuadra*

Reproducido de Revista del Pensamiento Centroamericano, Exposición de Pablo Antonio Cuadra, RC 190: 44-51. Enero-Marzo 1986



Desde que vino el Papa Juan Pablo II a

El señor Pablo Antonio Cuadra, poeta, narrador y ensayista nicaragüense, es la más prestigiosa figura intelectual de su país. Director del Diario La Prensa y Presidente de la Academia Nicaragüense de la Lengua. Su obra, traducida en varias lenguas, ha obtenido entre otras distinciones el premio nacional de poesía de su país por su poemario. El Jaguar y la Luna, lo mismo que el premio Rubén Darío, otorgado al mejor libro de poesía publicado en España, por su obra antológica Poesía.

Centro América, se hizo patente una realidad que hasta entonces había llamado poco la atención: la religiosidad de nuestros pueblos centroamericanos y la fuerza moral y civil de esa religiosidad. En la misma medida pudo observarse la existencia de una crisis, es decir, de una nueva conciencia, de una inquietud, de una búsqueda en las grandes mayorías de esas fuerzas religiosas.

En esta exposición yo no trato de esa crisis en los demás países de Centroamérica y espero que otros lo hagan. Me reduzco al conflicto en su foco nicaragüense, que es el más crítico, y a las responsabilidades tanto internas como externas de la Iglesia.

Quiero decir que, a propósito de la fe, nuestros pueblos han entrado a la típica agonía histórica entre Libertad y Destino.

Uno de los mayores logros del Concilio Vaticano II, fue la recuperación de la independencia de la Iglesia del poder civil o político. Fue un largo esfuerzo

preconciliar ir rompiendo los lazos que aún quedaban entre Iglesia y Estado (entre el Trono y el Altar como antes se decía) y en preparar los espíritus (muchos de ellos nostálgicos de viejos privilegios) para el nuevo tiempo de libertad religiosa que levantaría a la Iglesia como "sacramento de la historia" y aumentaría su capacidad de transformarla. Porque la Independencia de la Iglesia también venía a significar el rechazo de la ayuda del brazo secular, el no recostarse en el poder ni en la fuerza, y que la palabra de la Buena Nueva se confiaba únicamente en el poder de Dios: en el poder del Espíritu.

El Concilio cortó tajante las últimas ligas. Se abría un nuevo tiempo. "La Iglesia no se confunde en modo alguno con la comunidad política ni está atada a sistema político alguno", dice la constitución conciliar sobre la Iglesia y el mundo actual.

En Nicaragua la santidad revolucionaria de Juan XXIII y ese Pentecostés universal que fue el Concilio Vaticano II, conmocionaron profundamente, de arriba abajo -a Obispos, clérigos y laicos- despertando una intensa y activa religiosidad (movimientos de profundización religiosa, encuentros pastorales, simposios, congresos, cursos, conversiones, publicaciones, formación de comunidades, etc.) colocando en primer plano los problemas fundamentales del hombre cristiano. Fue uno movimiento doblemente profético, porque fue preparatorio y premonitorio de un futuro reto al cristianismo nicaragüense que nadie veía venir; y porque la independencia ganada por la jerarquía le dio la pureza y fuerza a su labor profética de denuncia y de condena de las opresiones e injusticias. No se ha escrito a fondo la historia de ese capítulo eclesial de Nicaragua y espero que alguno lo haga, porque fue el fundamento y la raíz de la reacción posterior de la Iglesia nicaragüense, de su firmeza y de su resistencia. Fue una etapa de cambio y renovación que coincidió con el momento grave del ascenso al poder del tercer Somoza para continuar (agravándola), una dinastía de dictaduras. Una serie de pastorales, de actitudes proféticas, de mediaciones y reclamos por los derechos humanos, de denuncias de injusticias -un dar voz a quienes no tenían voz- mostró una faz nueva en la Iglesia y una ruptura con una especie de tradición que, no sin hermosas excepciones, se había formado o establecido en Nicaragua de sometimiento al Poder.

Muchas veces se ha escrito en Nicaragua, que sin la concientización realizada por la Iglesia, no se hubiera logrado el profundo sentimiento de justicia y de valoración de la libertad que hizo posible la gesta popular que derribó a la dictadura. Llegada la Revolución al triunfo, esa misma Iglesia abrió su esperanza y alentó la realización de las reformas sociales y del cambio prometido. No creo que se haya publicado en Hispanoamérica, por esas fechas, una Pastoral tan abierta al cambio de estructuras y a la justicia social, y al mismo tiempo tan firme en su concepción cristiana del hombre y su destino, de sus derechos y libertades,

como la primera "Pastoral" de los Obispos nicaragüenses a raíz de la victoria revolucionaria.

El problema se plantea casi inmediatamente después y el punto de conflicto es, precisamente, la independencia de la Iglesia. Es un problema típicamente moderno: un problema de poder, porque todo poder, sobre todo en nuestro tiempo, tiende a convertirse en monstruo y su voracidad se multiplica si lo alienta una ideología que cree, con fe fanática que el remedio de todos los males y la solución de la explotación del hombre por el hombre es el Estado o, mejor dicho: el estatismo.

Para el Evangelio -por lo tanto, para la Iglesia- el valor fundamental es el hombre. El hombre concreto, con todos sus derechos y libertades. Cada hombre es un valor único y eterno. Para el marxismo el valor fundamental es el hombre genérico. ¡La totalidad! Por eso el materialismo -dice Gevaert lleva dentro de sí el principio del totalitarismo. Al decir que cada uno recibe su consistencia y su propio valor de la totalidad, se establece también el principio de que queda para siempre sometido a la totalidad". Por tanto, el Estado o el Poder -como expresión objetiva de la totalidad- según los marxistas, "tendrá derecho a "usar" de los individuos en función de la totalidad ya que, en último análisis los individuos son para la totalidad y pueden ser incluso sacrificados cuando se requiera afirmar o realizar la totalidad".

...La independencia ganada por la jerarquía le dio pureza y fuerza a su labor profética de denuncia y de condena de las opresiones e injusticias...

Entre estas direcciones opuestas, el choque fue inevitable, pero es interesante y aleccionador fijarnos cómo se planteó el conflicto. El Gobierno sandinista colocó en el cargo de ministros y en otros puestos políticos destacados a varios sacerdotes y clérigos. Era un golpe directo, pero hábilmente encubierto, a la Independencia de la Iglesia. Llenar el gobierno de curas parecía el mejor testimonio de una relación de aprecio y de entendimiento del Gobierno y la Iglesia. Pero la realidad era lo contrario: era volver al cura político; era obligar a la Iglesia a militar en un partido; y por lo tanto a renunciar a su independencia y a dejar de ser diáfano signo del amor sin discriminaciones de Cristo.

En realidad, la rebeldía de los sacerdotes políticos, que puso de manifiesto el conflicto entre la Iglesia Católica y el Poder Sandinista, traía detrás un movimiento mucho más pretensioso y aparentemente respaldado por un esquema teológico, que se encontró en El al Mesías —führer de Israel; es el mismo ojo cruel que desengañado, prefirió a Barrabás.

bien concatenado en su lógica, pero de una pobreza creadora y una sequedad espiritual deprimentes. Me refiero a la "Iglesia Popular" y a la llamada "teología de la liberación".

No voy a hacer un análisis crítico minucioso de esta especie de herejía reaccionaria que trata de dar marcha atrás a la Iglesia en su proceso post-conciliar de independencia y purificación religiosas, y de sustituir el significado y el contenido REDENTOR de Cristo y de su Evangelio por una praxis política y sociológica, ni siquiera libre y pluralista, ni siquiera derivada del inmenso poder revolucionario de la Palabra de Cristo, sino limitado y partidariamente marxista: Cristo pasa a ser un capítulo de la lucha de clases. El "pobre" del sermón de la montaña ya no es el pobre (en la infinita gama de la pobreza humana) sino el proletario de la invención marxista cuya bienaventuranza es la "dictadura del proletariado".

La impopular Iglesia Popular —como la llaman en Nicaragua— es un extraño salto atrás en nuestra América: es el deslumbramiento, siempre rezagado, típico de Latinoamérica, por una filosofía venida de Europa. Cuando el futuro ha dejado ser la fe progresista del hombre para convertirse en una angustia, la llamada teología de la liberación descristianiza la esperanza en la resurrección para reducirla a una nueva "fe en el futuro". Como escribí en mi poema "Invitación a los vagabundos":

"Otra vez la esperanza es una emboscada y la felicidad otra vez un futuro que debe ser construido con nuevas sepulturas innumerables".

Estos teólogos, **que en mi patria les decimos "a-teólogos"**, toman como punto de partida el tema más rico en posibilidades de liberación dentro del Evangelio: el de los pobres y oprimidos. ¿Y qué solución cristiana ofrecen? Cristiana, ninguna. Al desafío moral de la pobreza y la opresión el Cristianismo no tiene nada que dar (por eso he dicho que ésta es la herejía intelectualmente más pobre dentro de la historia del cristianismo): es el Marxismo quien tiene los textos y claves interpretativas de la historia. Es el Marxismo quien tiene el modelo único y científico de liberación. Pero, el Marxismo es ateo. El Marxismo no ha renunciado a su soporte filosófico materialista y ateo. En la práctica, por expansión de su propia dialéctica, el marxista es más que ateo, es un militante o misionero anti-teísta. El resultado, entonces, es que el cristianismo, para liberar al pobre renuncia a Dios; y el pobre, para ganar su liberación, pierde a Cristo.

Había que agregar: nuestra experiencia es que no hay tal liberación. Voy a copiar una nota biográfica: "El poeta, inclinado cordialmente hacia el dolor y la pobreza, cree —en un comienzo— que el marxismo opta por el necesitado y por el pobre, pero en muy poco tiempo constata que, en su praxis, el marxismo por lo que opta es por un Estado de inmensa potencia, control y frieza —"el más frío de los monstruos fríos"—. Lo que surge de su piadosa conmiseración por el explotado es un nuevo patrón despiadado que impone un tipo no clasificado de esclavitud en la cual se le niega al trabajador toda libertad de crítica, de asociación, de cambio, e incluso le prohíbe su más antiguo instrumento de poder y de protesta; la huelga". Como comenta Bakunin sobre la dictadura del

proletariado: "Para emancipar a las masas populares, antes había que sojuzgarlas".

Cuando nuestro tiempo más bien impulsa —por el caos y el terrorismo engendrado por las políticas y por las ideologías— a abrirle puertas al alma hacia la trascendencia, la teología de la liberación lo que hace es cerrarse en una antimetafísica; vuelve a caer en el endurecimiento terrenal del mesianismo de Israel, o mejor dicho, ve a Cristo con la miopía del ojo político de Caifás, con el ojo equivocado de quienes lo querían un líder político, el ojo de las masas que al comer pan gratis lo quisieron elegir rey; el ojo de Judas quien, según algunos comentaristas, vendió a su amigo Jesús por-

Pero el daño es más hondo: La Iglesia llamada Popular es la mampara de una ideología que quiere, a la fuerza, sustituir a una fe. Es la misma ideología que oprime y destroza nuestra cultura. El esquema previo, el sistema de ideas predeterminado que quiere imponerse y encasillar nuestra realidad y para eso usa el disfraz, el "camuflaje", la máscara. Pero como el pueblo cristiano o iglesia de Nicaragua, ha tenido una profunda concientización en la lucha por su libertad, en el dolor de un terremoto y de una guerra intestina —y en otros sucesos extraordinarios—, no pudieron manipularlo y se produjo el eterno error del Poder: la persecución.

Y aquí se nos presenta el primer punto a reflexionar sobre la responsabilidad de la Iglesia y del cristianismo en general en este conflicto, que es: saber distinguir a los protagonistas de esa lucha entre ideología y religiosidad. Yo agregaría algo más: saber descubrir la verdad del silencio debajo de la retórica de la propaganda.

Porque tenemos cinco o seis años en que el Poder, con discreción, con estudio, con frieza, con eficaces montajes teatrales, ha golpeado una y otra vez, con fuerza creciente pero siempre cautelosa, las zonas más sensibles o vitales de la vida eclesial. La agresividad irrespetuosa con el Santo Padre (¡el primer Papa que ponía pie en tierra nicaragüense!), una escena de barbarie que conmovió al

mundo fue una muestra del mal espíritu de profanación que ha encendido el fanatismo ideológico en algunas turbas o fuerzas de asalto, contra la fe cristiana del pueblo. Un sacerdote desnudado ante la televisión no es tampoco una conquista social ni civilizada. La expulsión de sacerdotes (no sacerdotes políticos, sino los más distinguidos por su labor religiosa). Expulsión gradual, selecta, irrevocable. Turbas que golpean hoy a un obispo, mañana a un clérigo o a un grupo de laicos que salen de un templo. Reclutamiento militar de seminaristas. Citas a la seguridad de sacerdotes y de laicos. Humillaciones a los sacerdotes. Cárceles. Amonestaciones. Cancelación de Radio Católica. Censura en la imprenta de la Curia. Censura de las homilias y sermones. (Naturalmente, siempre se contesta oficialmente a los reclamos, lo mismo: "¿Cómo va a haber

**...Llenar el gobierno de curas parecía el mejor testimonio de una relación de aprecio y de entendimiento del gobierno y la Iglesia. Pero la realidad era lo contrario: era volver al cura político; era obligar a la Iglesia a militar en un partido; y por lo tanto renunciar a su independencia y a dejar de ser diáfano signo del amor sin discriminaciones de Cristo...**

persecución cuando hay sacerdotes en el gobierno y la Iglesia Popular —que es la iglesia del pueblo— que apoya al gobierno?" Etcétera. No me corresponde en esta exposición redactar el informe de las agresiones a la Iglesia, pero sí señalar un hecho recurrente: ¡el silencio!... El pueblo protesta por la expulsión de sus párrocos: prohibido publicarse. El pueblo pide el retorno de los expulsados: Prohibido publicarse. El Papa escribe a sus obispos: Prohibido publicarse. La defensa de una calumnia: Prohibido publicarse. Silencio para las informaciones. Silencio para el pensamiento. Silencio para el corazón.

Yo recuerdo cuando niño, en mi ciudad de Granada, una imborrable procesión que salía los Viernes Santos en la madrugada y que el pueblo llamaba tradicionalmente: "La Procesión del Silencio". Sobre la peana cargada en los hombros por el pueblo, la imagen alta y delgada de un Cristo de cabellos nazarenos, de pie, con su larga túnica blanca, atadas las manos y una venda sobre los ojos. Detrás de su lento paso, iba una multitud en silencio, una multitud rezando en silencio, de la cual solo se oía el ruido a la sordina de sus pasos por las calles a la penumbra del alba. Y en cada esquina sonaba un largo y quejumbroso toque de clarín...

Entonces el niño se revolvía intranquilo en la cama o se levantaba con temor a entreabrir la puerta, sin imaginarse que lo que pasaba ante sus ojos y lo que sus oídos oían, era el paso mismo del futuro de su pobre patria!

Pero la persecución se rige por una misteriosa ley de vasos comunicantes: a mayor opresión y sufrimiento, mayor expansión de esa fe. La persecución condiciona siempre una nueva era: es la fecundidad del sufrimiento. En Nicaragua la persecución ha producido un intenso, un extraordinario encendimiento de la fe.

Sin embargo, un velo doloroso cubre la alegría de ese renacimiento: es la incomprensión y no pocas veces la hostilidad de los propios hermanos, de aquellos que por comulgar en la misma fe pudiera esperarse el amor que sabe descubrir lo que dice el silencio. Pero no saben leer el silencio. Entre las responsabilidades de la Iglesia, que estamos analizando, una de las mayores es que esa persecución que he descrito es alimentada no solo por el fanatismo ideológico de ciertas minorías marxistas-leninistas sino por el dinero de católicos de Estados Unidos, de Alemania y de países que creen en la democracia y por gentes que lucharían a muerte por su libertad, pero que nos niegan a nosotros —subdesarrollados— por el hecho de ser pobres, el lujo de ser libres.

Ellos no ven la persecución —no quieren verla—y mucho menos el aspecto positivo y creador de esa Iglesia del silencio. Lo que debía ser responsabilidad se convierte en irresponsabilidad. Creen que los perseguidos son los ricos o los burgueses que no quieren "optar por el pobre" y no se dan cuenta que es la riqueza —los dólares abundantes de una propaganda perversa— la que les hace ver ricos a los pobres y opulentos burgueses a los humildes fieles que se niegan a reducir su fe a una sociología.

Hay un oscurantismo nuevo, de fin de segundo milenio. Antaño (desde la Ilustración al Liberalismo) se habló del oscurantismo de los prejuicios religiosos. Ahora (cuando se da la apertura y el aggiornamento de la Iglesia post-conciliar) el oscurantismo se desplaza al polo opuesto: al rechazo sistemático, ciego, oscuro, de lo cristiano y a su persecución. Es el oscurantismo de los prejuicios anti-religiosos y una multitud de cristianos en todo el mundo participan, desconcertantemente, de ese oscurantismo. Salvan su iglesia (por no decir su capilla), salvan su grupo o rebaño, pero aceptan todos los prejuicios y todas las propagandas cuando se trata de iglesias extranjeras o lejanas o (según ellos) subdesarrolladas o retrasadas.

Pero resulta que así como existe un "sentido común" en el hombre natural, existe un sentido de la fe en el cristianismo y quien lo posee más profundamente es el pobre y el que sufre. El pueblo nicaragüense ha sufrido mucho y el sufrimiento da sabiduría. Por eso vemos, con sorpresa, que, a pesar de los halagos y presiones, un instinto religioso guía al pueblo y sabe distinguir la fecundidad del amor y la negatividad del odio; sabe lo que engendra paz y lo que lleva a la guerra (como sabe también que en la guerra es el pobre la primera víctima).

Quiero decir que en Nicaragua la persecución, que pudiera significar una resistencia de la fe, tiene algo más positivo en su silencio, algo más en sus raíces y es una experiencia creadora. Quiero decir que en Nicaragua se está forjando la verdadera teología de la liberación, —no la desviada por los teólogos diletantes del marxismo— sino la teología que el pobre extrae del Evangelio, después de

pasar por el fuego de la experiencia marxista-leninista: es el regreso a la Casa de la Justicia y de la dignidad del hombre. Porque el pan sin libertad es amargo. Y la Justicia sin libertad es el Infierno.

Es necesario que la Iglesia universal —que sólo debe tener por brújula el amor— limpie sus ojos cuando los pobres regresan de las falsas liberaciones. El ejemplo clásico de nuestro siglo es Polonia... Pero también lo es ese pueblo que llena las iglesias y los templos de Nicaragua y que cada día está más convencido de que una liberación no se realiza con decretos de supremos comandantes, ni por la imposición autoritaria de una ideología, o de un partido, sino que es el resultado de un diálogo, de una contribución y colaboración de los elementos y fuerzas sociales y políticas que componen la sociedad de acuerdo, además, con su historia.

Los a-teólogos de la liberación comienzan su interpretación política liberacionista de la Biblia y del cristianismo, con el Éxodo, cuando Israel es librado de la opresión de Egipto —hecho que significativamente Cristo coloca como fundamento de su Eucaristía, de su nueva Alianza y de su Pascua redentora. Pero si el Éxodo solo tiene una significación política, se quedaron cortos sus intérpretes. Egipto no es solo un país que oprime —símbolo de imperialismo—, sino la realización de un poder absoluto contra el hombre. Por tanto, la lección política del Éxodo sería no confiar la liberación a un Estado, ni a un poder faraónico. Dios libra a su pueblo de un Estado opresor cuyo sistema se simboliza en la pirámide: una cúspide que ordena y una base que obedece: El éxodo saca al pueblo del dominio dictatorial, del dominio faraónico —que hoy llamamos totalitario—, abate la forma piramidal y la sustituye por una mesa redonda dialogante y democrática, por un poder regulado por los derechos humanos.

Y podemos extraer todavía otras lecciones del Éxodo. Es la liberación de un poder necrófilo que gira alrededor de la momia: premonición de un materialismo que se detiene en la muerte, negándose la trascendencia.

En cambio, la Pascua es el sepulcro vacío. Lo contrario de la momia: la resurrección. Y la resurrección significa el reconocimiento de la suprema dignidad del hombre, portador de valores eternos.

Desgraciadamente estas hermosas metáforas se pierden en una voluntad fanática de entrega al Marxismo. Y entonces la política —trastocada en religión— fabrica un ídolo, un concepto: la REVOLUCION. Y ya no es la Revolución para el hombre, sino el hombre para la Revolución. Un concepto idolizado en cuyo nombre se piden, se siguen pidiendo, sacrificios y víctimas humanas.



Pero la revolución, la fuerza guerrera, la violencia y sus armas ya sirvieron para derribar al dictador. Ese era su límite. Las revoluciones no crean. La creación es del hombre civil, dialogante, libre, crítico, pluralista. Esa convicción, digamos mejor, esa experiencia acumulada en la conciencia popular es la que cohesiona a ese pueblo que los cables y las informaciones nos muestran respaldando en multitudes la figura señera y firme del cardenal Obando.

**...Esa persecución, que he descrito, es alimentada no solo por el fanatismo ideológico de ciertas minorías marxistas-leninistas sino por el dinero de católicos de Estados Unidos, de Alemania y de países que creen en la democracia y por gentes que lucharían a muerte por su libertad, pero que nos niegan a nosotros -subdesarrollados-, por el hecho de ser pobres, el lujo de ser libres...**

No es que se esté desarrollando un anticuerpo, es decir otro tipo de política —de signo contrario— en oposición al sandinismo. No. Es algo más profundo. Es un pueblo que ha sentido que se le escapa el fruto de un inmenso sacrificio; que se le escapa una de las coyunturas más favorables de su historia; y que no es suyo el hijo que le ha nacido del dolor.

Pero, fijémosnos en este curioso detalle profético: Los obispos de Nicaragua, con gran sabiduría, en su PRIMERA pastoral después del triunfo de la Revolución pidieron que las nuevas estructuras de cambio y la nueva sociedad revolucionaria fueran originales nicaragüenses: Es decir, nacidas de nuestras propias realidades —fruto de nuestra propia creatividad— y no copia o, peor aún, imposición de esquemas mentales ajenos y extraños a la idiosincrasia y a la historia del hombre nicaragüense. Coincidió esta petición de los obispos con lo que aparecía en toda la prensa del Continente como esperanza: de que nuestra Revolución daría su respuesta sacándola de las entrañas de América.

Porque hace rato que Latinoamérica se busca a sí misma, saltando frustraciones. La última había sido la revolución cubana. Como dice Róger Bastide: "Se esperaba un nacionalismo americano y lo que brotó fue una flor exótica. En Cuba lo que venía del pueblo era la rebelión, pero no el pensamiento revolucionario". Sin embargo, América ha elaborado y sigue elaborando los fundamentos de un pensamiento propio de liberación. No somos rusos, ni vietnamitas, ni cambodianos. Nuestro pensamiento tiene sus raíces —raíces incluso para la utopía— en las altas culturas del indio americano; recibe luego aportes decisivos en el agitado período de confrontación, de mestizaje y de fusión de culturas de la Conquista y de la época colonial. Cobra, luego, perfiles cada vez más definidos a través de los grandes hombres de América, desde Bolívar hasta Sandino, desde los pensadores del Siglo XVIII hasta los poetas, novelistas y humanistas de nuestro tiempo. Este pensamiento, en continuidad y en proceso, ha sido un pensamiento liberador, un pensamiento que ha venido rompiendo, uno

a uno, con todos los vínculos de sometimiento a los centros de dominación mundiales y creando una cultura integradora cada vez más americana. Cualquier respuesta a los problemas políticos y sociales del Nuevo Mundo tiene que recibir su savia original de este pensamiento y hundir sus raíces en esta Cultura.

Sería repetir un costoso error volver a caer en el pecado del Liberalismo — tan fecundo en otros aspectos— y luego del Positivismo, que copió en América, con fanático radicalismo, soluciones europeas y constituciones extranjeras, para después verse obligado, lentamente, a través de golpes de Estado, guerras y revoluciones, a remendar con parches sus realidades marginadas por "los esquemas y geometrías de la filosofía política" como dice Octavio Paz. Esos saltos en el vacío trataba de evitar o detener la Iglesia en la nueva coyuntura de Nicaragua. No hay duda que la inspiraba el Espíritu. Como poeta me agradó ver su advertencia contra el plagio en apoyo de la creación y de la originalidad. Me pareció una prueba de la creatividad de la fe. Porque la verdadera teología de la liberación conecta en sus profundidades con otra (que es la misma) y que podemos llamarla: la liberación de los monstruos que engendra la razón.

El viejo mundo ha fundado sus culturas sobre el privilegio del LOGOS (no me refiero al Logos-Palabra del cristianismo, sino a esa concepción que identifica la esencia de lo humano con los poderes de la razón). Esos poderes de la razón y "sus particulares mecanismos operativos y manipuladores han impedido, hasta casi atrofiarlas, el desarrollo de las potencialidades creadoras y culturales inherentes al EROS".

América — y el americano que Rubén Darío caracteriza como "sentimental, sensible, sensitivo"—sobre todo el cristiano-americano, quiere romper y está rompiendo en su literatura, en su pensamiento más entrañable y en su cultura, con esa vieja y secular tiranía del LOGOS y quiere aportar la otra gran potencialidad, el Amor (nuestro EROS mestizo), "Sobre cuya realización y florecimiento —dice el venezolano Guillermo Yepes Boscán— es posible pensar la cristalización de la idea de AGAPE como comunidad no solo biológica sino fundamentalmente espiritual".

América, en esa línea de creación y pensamiento que señalábamos anteriormente, ha demostrado la tendencia, tanto por el aporte cristiano, como por el aporte indio, de desmontar la soberanía absoluta y deificación del Logos, del exagerado racionalismo, (que ya lo vimos señoreando como Diosa Razón en la Revolución francesa o como Razón Atea en la Revolución rusa) tomando de ese Logos sus valores auténticos, pero complementándolos; reconciliando las llamadas facultades "superiores" del hombre (la razón y sus modalidades) con las facultades tradicionalmente calificadas como "inferiores": sensualidad, sensibilidad, imaginación...etc.

Pero esta aspiración profunda del humanismo hispanoamericano no puede realizarse con el Marxismo (y mucho menos en la interpretación de Lenín) porque es el esquema extremo y decadente de un super-racionalismo. Es la ideología transformada en ideocracia, la "tiranía del concepto" —que dice Jean Brun— que juzga que lo único razonable que puede hacer el prójimo es "desalienarse de su individualidad, despojándose del fardo de la libertad" que el ingeniero del plan y el Comandante (o los Comandantes) de la Vanguardia de la historia, conducirán a su meta de -una manera racionalmente definida. "Los sueños de la razón producen monstruos" escribió Goya, el pintor. Los sueños del Logos que nos describieron proféticamente Kafka, Huxley, Orwell...

El Estado-logos —la dictadura totalitaria en nombre del proletariado... cuando América (por impulso cristiano y por aporte indio) quiere, por el contrario, reducir el Poder a sus medidas humanas y desarrollar el EROS y transformarlo en

**...Es un pueblo que ha sentido que se le escapa el fruto de un inmenso sacrificio; que se le escapa una de las coyunturas más favorables de su historia; y que no es suyo el hijo que le ha nacido del dolor...**

AGAPE, superando la relación social hegeliana-marxista del amo y del esclavo, fracasada e inhumana, y sustituirla por la dialéctica amorosa. El choque de razas y culturas en nuestra América ya se

resolvió por la dialéctica amorosa del mestizaje. El choque o lucha de clases —en esa tradición hispano-americana—no se soluciona como quiere la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo por la eliminación de una clase por otra (lo que no es solución sino genocidio), o por la inversión, en que el esclavo pasa a ser amo (lo que tampoco es solución porque la injusticia prosigue) sino, como dije, por la dialéctica que genera el amor, el ágape cristiano, o, por así decirlo: por un MESTIZAJE DE CLASES, por una relación no de odio sino de amor y solidaridad. Por lo mismo, no es el Estado la solución nueva del Nuevo Mundo -de esta América víctima de sus Estados y de sus faraones— sino el Hombre en su virtud cardinal: el Amor: El amor que hace solidario al hombre con los hombres, que le hace justicia al hombre frente a la riqueza y le da poder al hombre frente al Poder.

En Nicaragua todas estas realidades profundas y estas savias germinales se agitan en el crisol de una prueba que es un auto de fe. ¿Cuál será la fisonomía de lo que allí se gesta? ¿Qué repercusión espiritual tendrá en los países hermanos de Centroamérica invadidos por exiliados, por perseguidos, por gentes que transportan esperanza y por gentes agobiadas por la desesperación? ¿Qué resonancia tendrá en nuestros pueblos hermanos y en nuestras iglesias hermanas, la opresión religiosa que sufre Nicaragua?

...con Dios y reconocer que aun los sentimientos más primitivos deberían ser parte de nuestra heredad". Y agregaba: "Necesitamos aprender a mirar el mundo con los ojos de un indio mexicano".

Es una gran responsabilidad de las iglesias de América y de Europa, y de los hombres de buena voluntad; de aquellas que nos vuelven la espalda, de aquellos que solo dan crédito a la tosca propaganda de los Estados

expendedores de paraísos, valorar más el mito que la fe. Después de haber vivido este truculento Siglo XX, no hay derecho para caer en la red de las grandes palabras" que han costado tantas vidas y tanta dignidad a la humanidad. Más bien deben buscar al hombre allí donde hay censura, dolor, silencio. Porque la creación se produce con dolor y en el dolor... Porque la liberación sigue clavada en una



**Viacrucis del Viernes Santo (27 de marzo de 1986), presidido por el Cardenal Monseñor Miguel Obando y Bravo, en Managua.**

cruz.

...El poeta T.S. Eliot decía que "había que recobrar el sentido de relación con la naturaleza y Creo que esa es la nueva visión histórica que está adquiriendo el nicaragüense en la prueba y en el silencio de la persecución.

Un mirar la historia con dos ojos nuevos o renovados: el ojo del cristiano que agrega al Logos el Agape; y el ojo del indio que agrega a lo racional las fuerzas profundamente humanas de lo irracional, de lo sensual, lo imaginativo, lo emocional, lo poético, lo mítico...

Esa es la más alta y hermosa responsabilidad de la Iglesia: fecundar una cultura, inyectarle creatividad, inyectarle la esencia del cristianismo que es el Amor.

Cristo dijo: "La Verdad os hará libres". Pero en el lenguaje de Cristo la Verdad es el Amor. Es el amor el libertador. Nunca el odio.